

una mano que oprime á la sociedad entera con garfios de hierro, hasta asfixiarla. Hemos vuelto á los días de la decadencia del Imperio Romano. Calculamos el dinero por sumas enormes, nos alabamos de poseer el talento de hacer dinero, y nadie sabe donde contener los límites de su ambición. Este es el justo castigo de que todos, gracias al sistema individualista del liberalismo, no piensen más que en sí mismos, y sólo procuren asegurarse una propiedad para su uso exclusivo. Nadie presiente la gran verdad de que el hombre, creado para la comunidad, se sustrae á sí mismo todo lo que defrauda á la utilidad de ésta última.

Actualmente, todos nosotros y la misma sociedad estamos abocados al abismo. Si damos un paso más, la destrucción del orden social es inevitable, y cierta la venganza por la victoria del socialismo. Si queremos arrancar el arma de manos de este último, si queremos trabajar en el triunfo de la verdad, de la justicia y del deber, y establecer de nuevo la vida social sobre sanos fundamentos, preciso es ante todo rechazar las falsas ideas modernas sobre la propiedad, la adquisición, y todo lo que á ellas se refiere, preciso es admitir sin restricción alguna las antiguas doctrinas á ellas referentes, esas doctrinas que son eternas é inmutables.

CONFERENCIA XV

EL TRABAJO

1. **La ley de Dios es el eje en torno del cual gira la cuestión de la propiedad y del trabajo.**—En materia política y social, más de una discusión quizás podría originar menos excitación,—la prudencia nos prohíbe hablar más claro—y terminar más fácilmente en mutuo acuerdo, si se tomaran más á pechos las palabras de la Sagrada Escritura: «Todo lo que Dios ha hecho de bueno, lo hizo en hora oportuna, pero ha abandonado el mundo á las vanas disputas de los hombres, sin que éstos puedan conocer perfectamente las obras que ha creado desde el principio y que conserva hasta el fin». ⁽¹⁾

Sin embargo, nos hallamos demasiado dispuestos á considerar nuestra opinión sobre estas cosas como la única posible. Ni siquiera podemos figurarnos que Dios tome un partido distinto del único que parece admisible á nuestro patriotismo y á nuestro *chauvinismo*. No obstante, se ha dicho: «Las naciones se agitan tumultuosamente, y los pueblos meditan vanos complots; pero Aquél que reina en los cielos, se ríe de sus proyectos el día en que les hable en su cólera». ⁽²⁾ ¿No debería esto hacernos, en ocasiones, algo más discretos?

¿Quiere ésto decir que, en cuestiones de esta índole, importa poco la opinión que se adopte? Ciertamente que no. De lo contrario, no tendríamos que temer que un día Dios, en su cólera, nos redujese á polvo. Esto debería únicamente advertirnos que debemos manifestar nuestra opinión

(1) Ecl. III, 11.

(2) Psalm. II, 1, 4, 5.

con más modestia, y buscar la verdad con más prudencia. Porque, por lo mismo que, en último resultado, se trata en todas partes de leyes inmutables naturales y divinas, nada podemos contra la verdad. ⁽¹⁾

Por su propia historia, podrían aprender los pueblos esta seria lección, á saber: que no hay «ni sabiduría ni consejo contra el Señor». ⁽²⁾ Cuando siguen sus propias vías, «encuentran tinieblas en medio del día, marchan á tientas en pleno mediodía, como si estuviesen en una noche profunda». ⁽³⁾

El estado actual de la cuestión social es de esto elocuentísimo testimonio. Pero el mundo no hacía más que desplegar una sonrisa de piedad, al oír emitir esta afirmación, hecha por nosotros más arriba, ⁽⁴⁾ á saber, que la Biblia, desde sus primeras páginas, había echado ya las bases fundamentales, y por siempre jamás inquebrantables, del orden social. «Felices los que poseen»; tal es el principio con que el mundo ha sustituido esta opinión teológica calificada de inaplicable. Con esto pensaba el mundo libertarse de su deuda á poca costa. «La posesión da el poder;—concluía por modo muy sencillo—los que nada poseen y que, por consiguiente, se encuentran en la necesidad de ganarse la vida con el sudor de su rostro, deben someterse á las órdenes de los árbitros del poder. De este modo, se regirá el mundo por leyes uniformes, y regirá el orden».

Pero nadie se daba cuenta de que no se juega impunemente con el orden establecido por Dios en el mundo. El aspecto de las cosas ha cambiado repentinamente. El trabajo sin derechos se ha convertido en un poder, ante el cual con razón tiembla la sociedad. Hasta el presente, no admitía la posesión más derecho que el suyo; ella sola quería regentar la vida social, se apropiaba todos los produc-

(1) II Cor., XIII, 8.

(2) Prov. XXI, 30.

(3) Job, V, 14; Is. LIX, 10.

(4) V. más arriba, XIV, 2.

tos de la tierra y del trabajo humano, y distribuía la labor á su capricho. Pero ahora, el trabajo es el que, á su vez, interpreta el derecho en su ventaja. Se han cambiado por completo los papeles. En la misma medida en que la posesión había violado la ley de Dios en su exclusivo provecho, procura ahora el trabajo violarla en el sentido contrario. Prueba evidente de que el orden divino es el eje en torno del cual gira la relación entre la posesión y el trabajo.

De aquí resulta que la única condición para dar una respuesta exacta á la cuestión relativa á los derechos y deberes del trabajo, consiste en considerarla según los principios de la Revelación divina, es decir, desde el punto de vista que se ofrece como piedra de toque de toda verdad. Que los trabajadores revolucionados se pongan en guardia contra esto, como antes los poseedores, seguros de su poder, no puede ser, en nuestra opinión, más que el último motivo que hay que evocar para resolverla. No esperábamos ningún favor de los poseedores cuando les decíamos la verdad; la cólera de los obreros no debe impedirnos hacerles el mismo servicio.

2. El trabajo, es, *a*) por naturaleza, un deber moral.

—Ante todo, el hombre está obligado á trabajar por razones morales. Cada uno debe trabajar para evitar la ociosidad. La vida debe proponerse un objeto; las fuerzas del hombre deben aplicarse, ejercitarse, y el tiempo que le es dado pasar aquí bajo, debe ser empleado por modo digno de él. Ahora bien, sólo el trabajo da plenitud y valor á la vida; sólo él presta al hombre valor, vigor y conciencia de sí mismo. Para el que ha perdido el gusto del trabajo, la vida, según lo testifica la experiencia, carece de importancia y de interés. Las palabras de la Biblia: «El hombre ha nacido para trabajar, como el pájaro para volar», ⁽¹⁾ son de una verdad absoluta. Nada tan humillante y doloroso para un carácter noble y generoso como el sentimiento de no poder desempeñar un cargo, de verse impe-

(1) Job, V, 7.

dido en su trabajo por enojosos contratiempos, y de ser una carga para los demás. Prueba evidente de que el sentimiento interno de libertad é independencia, por consiguiente, de la dignidad natural del hombre, es una sola y misma cosa con la sed de trabajo. Lógico era, pues, que la antigüedad pagana completase el rebajamiento de los hombres, al pretender que el trabajo es indigno de ellos y les priva de su libertad. ⁽¹⁾

Pero existía aún otra razón más seria. Nadie trabaja únicamente por trabajar; esto sería un juego, y el hombre se ha apresurado á no considerar el trabajo como un pasatiempo. El trabajo jamás se convertirá en objeto de la vida para aquel que no trabaje por un fin más elevado. Si no se asigna á la vida un fin más elevado, un fin moral y religioso, puede uno, si las circunstancias lo exigen, considerar la actividad del hombre como una necesidad desgraciada, como un medio fácil de ganar dinero, de hacerse cómoda la vida, como un pasatiempo, ó como ejercicio ocioso de sus fuerzas; pero esto no es trabajo. De aquí que la antigüedad no supiese apreciarlo en su justo valor. El Cristianismo debió comenzar por despertar la fe en un fin último de la vida, fin superior y eterno. Y sólo así mostróse capaz—lo que constituirá eternamente su gloria—de convertir el mundo al trabajo, no al trabajo hecho únicamente con miras á la ganancia, ó para satisfacer las necesidades de la vida, sino al verdadero trabajo, al trabajo noble, emprendido por aspiración á la virtud, y por la convicción de que él es el que hace al hombre, y le da libertad, nobleza, vigor, independencia; al trabajo como medio de servir á Dios.

3. Modificación producida por el pecado original en la significación del trabajo.—El trabajo no es, pues, únicamente una obligación de la vida, sino algo mucho más elevado. Es para cada uno una condición, uno de los principales medios de fomentar la perfección moral, de templar la voluntad y las fuerzas del espíritu, en una pa-

(1) Vol. II, conf. XII, 4.

labra, uno de los principales medios de educación personal. ⁽¹⁾ Esta es la razón por la cual fué impuesto al hombre, desde su origen, como el primero de todos los mandamientos. ⁽²⁾ Puede haber opiniones diferentes sobre la cuestión de saber si la mano del hombre era necesaria al embellecimiento del paraíso; pero lo que está fuera de duda es que su cultura le fué particularmente dada al hombre para su ennoblecimiento personal.

Si esta ley se aplica á la humanidad en general, le obliga doblemente, desde que el pecado le hizo decaer de su pureza primitiva. ⁽³⁾ Ahora, tiene el trabajo, desde el punto de vista moral, doble importancia de la que tenía antes, ya que, desde luego, es un medio de purificación moral, y, finalmente, sólo en tercer lugar, se aplica su significación original, como instrumento de ennoblecimiento interior.

De nada serviría negar que el trabajo pesa sobre el hombre, tal como es en su situación actual, y pesa rudamente sobre él. Sólo los que no lo conocen por experiencia propia, no cesan de despedir, con palabras llenas de consuelo, y con hermosos discursos sobre el honor y el placer que procura, á los pobres y desventurados, sujetos á dura y eterna labor. Pero los que soportan su carga, saben mejor que nadie cuán rudamente pesa sobre ellos. El trabajo exige, pues, toda una serie de prestaciones morales, de dominio personal, de sacrificios, de luchas contra el fastidio y la pereza, en una palabra, de renuncia de uno mismo. Muchas lenguas tienen la misma palabra para expresar trabajo y sufrimiento.

¿De dónde proviene esta contradicción, á saber, que la razón nos muestre el trabajo como un honor, como un medio de elevación moral, y que, no obstante, la experiencia nos lo ofrezca como tan amargo y pesado?

El que niegue la doctrina del Cristianismo, en vano

(1) Weber, *Evangelium und Arbeit*, 175 y sig.

(2) Gen., II, 5, 15.

(3) Gen., III, 23.

buscará la respuesta á esta pregunta. Sólo la doctrina cristiana sobre la caída puede iluminar esta segunda cuestión fundamental de la vida social. Pero los que sobre todo deberían tomarla á pechos son aquellos que ven, con justa inquietud, cómo el odio de las masas esclavizadas amenaza con estallar á cada momento. En vano es que les prodiguen las flores de su retórica y sus frías fórmulas filosóficas; en vano que pongan sus esperanzas en bayonetas y cañones. ¿Qué importa una muerte rápida á aquellos que no tienen otra perspectiva que la consunción lenta del hambre y de la desesperación? No, si no se les enseña, y aprenden ellos también, á reconocer la culpabilidad general, no hay salvación posible. La humanidad debe pagar con el sudor de su frente al pecado lo que constituye su honor. (1) Del pecado ha resultado que, con el trabajo, somos desde luego castigados, nos reunimos con Dios, y hacemos morir, al precio de dolorosa lucha, las raíces del mal, antes de esperar obtener la fuerza sublime y ennobecedora que reside en el trabajo.

4. Importancia de la consideración del trabajo como deber moral en la economía política y en la cuestión social.—Nadie puede poner en duda la importancia que la aceptación de estos principios tiene para el estado actual del mundo. No creemos exagerar, si decimos resueltamente que de ella depende el porvenir de la sociedad. La miseria que actualmente sufrimos, no proviene, ni de la pobreza, ni de la dificultad del trabajo, sino de la ignorancia de su aspecto moral en las tres formas ya indicadas, formas que únicamente la Revelación nos da á conocer, pero contra las cuales se revela con terquedad el espíritu del mundo.

En este error, lleno de funestas consecuencias, pequeños y grandes se dan cordialmente la mano. Los doctores de la economía política casi siempre hablan del trabajo desde el único punto de vista de la adquisición. Desde que Adam Smith introdujo también en la economía so-

(1) Gen., III, 19.

cial la triste costumbre de poner cada ciencia en un aislador, no hay que hablar de los fines morales que á ella se refieren. (1) Y todos creen dar pruebas de gran inteligencia, cuando afirman que no hay economía política moral ó religiosa, como no hay cocina moral ó religiosa. Lo que precisamente ha emancipado á la economía social y la ha elevado á la dignidad de ciencia independiente, es el haberse libertado de las cadenas de las fórmulas morales y jurídicas. Así como Hugo Grocio mereció bien del derecho, al emanciparlo de la religión y de la moral, así también se ha convertido Adam Smith en padre de la economía política científica, al desligarla de la moral y del derecho.

Sin duda que, en los tiempos modernos, los socialistas de cátedra han luchado para dar á los principios morales una influencia mayor sobre su ciencia. Pero la contradicción y las burlas con que frecuentemente han tropezado, muestran perfectamente cuán poca aprobación merecían sus concepciones, aun por parte de sus propios colegas. Podría uno calificarlos de ceguera. ¿No veían, pues, que era este el mejor medio para convencer á las clases obreras de que la sociedad ha dispuesto así las cosas con la intención de privarles de sus derechos, y aun de arrebatárles el bálsamo dulcificador de los motivos morales? Quéjense de los agitadores que excitan al pueblo á la revolución. Pero ¿qué pueden decir á las masas esos seductores, sino lo que todas las cátedras repiten á los futuros ministros, esto es, que el trabajo es exclusivamente un medio de adquisición, y que únicamente se trabaja con miras á la ganancia? Pero antes de que hablemos del provecho terrenal del trabajo, debemos pensar en su utilidad moral; de lo contrario, no podríamos soportarlo.

De aquí que ante todo debemos insistir en que el trabajo es la realización moral de una empresa moral.

Esta empresa es quizás la más importante de toda la eco-

(1) Muy bien se expresa sobre esto el *Handbuch des Staatswissenschaft*, (2), I, 448 y sig.

nomía política y de toda la sociología, y tanto más, cuanto que menos consideración se le preste. Pero ¿cómo podrá llegar á realizarse, mientras la doctrina soñadora liberal y socialista cuenta sólo con fórmulas y frases abstractas, y no con hombres?

Mas si es cierto que el trabajo es la actividad interesada del hombre libre, claro está que debe ser una acción libre y moral. El animal no hace trabajo alguno, ni tampoco la máquina. Ambos pueden físicamente producir más que el hombre, pero no pueden trabajar. Si se calcula, con Rodbertus ⁽¹⁾ y Marx, únicamente la suma de fuerza y de tiempo que se emplea en una obra; si con el liberal Stückmeister, sólo el resultado, el hombre es demasiado corto y no puede luchar con la máquina. Este procedimiento grosero y materialista anula desde el primer instante la doctrina de la producción del valor de Marx. Por sutil que sea su fundamento, aparece inclinada como la torre de Pisa, y tanto más inclinada y peligrosa, cuanto que más se la eleve. En el trabajo, distínguese también la cantidad de fuerza y de tiempo, pero todavía más la calidad, la cual depende de la condición del trabajador. Un hombre que cumpla con su deber, cumpliendo la penitencia impuesta por sus faltas; un trabajador que cifre su mayor honor en justificar la confianza puesta en él; un hombre diligente, un madrugador, hace cosas muy diferentes de las de un libertino, que no encuentra momento oportuno para abandonar el lecho, de un borracho, de un holgazán. Esto es tan claro, que Hausen llega á creer que el fruto del trabajo debe atribuirse al trabajo intelectual. ⁽²⁾ Sin duda que esto es exagerado, pero no carece de cierta verdad. «Porque el ejercicio corporal, para poco es provechoso»—dice el Apóstol. ⁽³⁾—No en vano se dice que un general vale por medio ejército. Los trabajos exigidos en las chozas de barro de Slowak, en un ferrocarril, en un taller, ó

(1) Sobre esta doctrina, véase *Handb. der Staatsw.*, (2), VI, 447.

(2) Hansen, *Die drei Bevölkerungstufen*, 85.

(3) I Tim., IV, 8.

en la cúpula de San Pedro; la fuerza y el tiempo empleados en un molino de colza ó en la iluminación eléctrica de la ciudad, ó en una obra científica ó ascética, quizás sean iguales, pero el resultado, y, por ello mismo, el valor, es muy diferente, según la actividad intelectual ó moral que, por medio del trabajo, se haya puesto en juego.

Por consiguiente, si la actividad libre é intelectual y la disposición del corazón del hombre productor es lo que da valor al trabajo, hay que considerar todo trabajo como una obra moral. ⁽¹⁾ De donde resulta con toda claridad que, no sólo la capacidad corporal del obrero, sino sus cualidades intelectuales y morales, influyen en el resultado del trabajo. Todavía más: también su disposición de ánimo—la alegría ó la tristeza, una conciencia tranquila ó inquieta, la virtud ó la religiosidad,—ejercen influencia decisiva en la rapidez y valor de su trabajo. Compadecemos á aquel que no haya experimentado esto centenares de veces en sí mismo ó en otros.

Resulta de aquí que la religión ejerce mucha influencia en el trabajo. Verdad es que muchos afirman que para nada sirve el rezar, que lo que se necesitan son obreros, y aun que la oración hace incapaz para el trabajo. Á éstos contestamos que no saben distinguir entre hombres y caballos, ni saben lo que es trabajo. No, la oración—hablamos de la verdadera oración de hombres sensatos—es útil para todo, y también para el trabajo. ⁽²⁾ El que conoce á los hombres y se conoce á sí mismo, sabe que uno trabaja más fácilmente 10 horas y hace mejor trabajo, si eleva el corazón con libertad y ligereza al cielo, que un desgraciado que trabaja 8 horas, refunfuñando contra Dios y contra el mundo.

Así, pues, el que abriga buenas intenciones con relación al trabajo, con relación al mundo, y sobre todo con relación al obrero, debe considerar el trabajo desde el punto de vista de la moral cristiana.

(1) Thom., 1, 2, q. 18, a. 9.

(2) I Tim., IV, 8.